

MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Santa Isabel, 45. Apartado 547.—Teléfono 1848

Horas: de 9 mañana á 4 tarde

SUMARIO

CÉSAR JALÓN

Sección vermouth.

AURELIANO SCHOLL

Diez mil francos
de recompensa.

ANGEL G. LUGEA

Bajo la luna.

RAUL GAICHAS

Apaga y no te vayas...

M. PROVINS

La piel de oso.

A. SÁNCHEZ CARRÉRE

El charlatán de plazuela.

S. CLOVIS

La viajera.

PACO MATEOS y TINO

Varios dibujos y retratos de
Conchita Cayuela y «Mari-
Focela».

CARAS BONITAS



CONCHITA CAYUELA

Aplaudida artista que ha realizado una brillante campaña
en el Salón Madrid. ¡Concha, «Concha», cuántos quisieran
ser apuntadores!

5 cénts.



Del maurismo artístico.

No sé qué ocurrirá después que estas líneas vean la luz; pero, hasta momentos antes de escribirlas, me honro con la íntima amistad de tres jóvenes hermanas, además de hermanas, bailarinas, y además de bailarinas, mauristas.

¡Tres jóvenes mauristas capaces de volver loco al más equilibrado, sin necesidad de escribir cartas con arreglo al cuestionario del jefe del partido!

Yo fui —y tal vez lo soy aún— su amigo, porque eran muy buenas bailarinas y muy guapas. Nada me importaba que fuesen hermanas, y menos todavía su filiación política.

POR LOS MINISTERIOS



—Habrá usted observado, prenda, que he cesado de barrer, para no echarla el polvo.

—Pues puede usted seguir, porque á eso ya está una acostumbrada.

—¡Son mauristas! —me ha reprochado alguien, al enterarse de mi afecto á las muchachas.

Y bien; peor para ellas. Tengamos aquí la de Mlle. Felyne Verbist. Esta señorita, oriunda de Bélgica, debutó la semana pasada en Romea, cobrando por cada actuación un ojo de la cara, como suele decirse, para evitar confusiones. Debutó, y como viese que no iba público, ó mejor dicho, como no viese público, acnéjó al empresario que anunciase en los carteles su calidad de bailarina, seguida de su naturaleza belga.

—Ponga usted «bailarina belga» —le dijo—. ¡Verá como así viene la gente!

Y, en efecto, la gente no fue. Porque la gente piensa, á este respecto, de acuerde conmigo, que lo de menos es lo de «belga», y que la cuestión es que «valga».

De ahí que, recíprocamente, ame yo á las susodichas bailarinas mauristas, ya que lo de maurista es, en su caso, lo de menos.

Bueno; pues las jóvenes mauristas estaban el día del discurso del jefe, que no las llegaba la camisa al cuerpo. Lo cual, dicho sea de paso, contribuía, en no poco, á aumentar sus atractivos particulares.

Tenían miedo; un miedo «cervical» —como decía su respetable madre— á que después del discurso de don Antonio, se acostumbrase el público á ver gratuitamente los espectáculos del Real, en donde las tres jóvenes bailan cuando hay función, es decir, cuando hay función de baile.

—No ha podido llegar el Real á menos —rezongaba la mayor.

—Ni Parliana á más —replicaba la mediana (De estatura; que de lo demás, poco se llevan las tres).

—¿Verdad que es «parajódico» que se dé gratis una entrada del Real? —preguntaba la tercera.

Y todas tres —con el asentimiento de su anciana madre— hacían blanco de sus lamentos ó imprecaciones al prohombre del maurismo: á Maura, que será un «pro-

hombre relativo» (todo es relativo en la vida); pero pro-hombre al cabo.

Pues, á riesgo de concitar las iras de tres mujeres que son hermanas y bailarinas, no tengo inconveniente en aplaudir la idea del acto maurista en el regio coliseo de la Plaza de Isabel II.

Maura se proponía hablar diciendo la «Verdad» desnuda. Y la Verdad en paños menores puede alternar en nuestros escenarios sin miedo á encender el rubor de las artistas. ¡Si acaso, se ruborizaría la Verdad!

Maura, hombre versado en cartas, pensaba hacer una combinación para cantar las cuarenta á los idóneos. Pues para «cantar», ninguna sitio como el real teatro.

Claro que luego no canto las cuarenta, porque le faltó la carta precisa; pero con la intención basta.

Por otra parte, á los mauristas, gente joven y que se mueve, no les es dado disimular sus inclinaciones terpsicorianas.

¿Por qué, entonces, no elegir el Teatro Real? Ya lo creo que sí. Y al día siguiente, Parisiana. Y el próximo domingo, el Salón Madrid ó el Etén Concert.

Yo apruebo esta decisión, mal que les pese á mis íntimas amigas las jóvenes bailarinas.

Reconozco que á este paso la vida es un soplo, y que los espectáculos de propaganda van á perjudicar un tanto la vida de los otros espectáculos, que son, á la postre los espectáculos de la vida; pero nunca llueve á gusto de todos, y yo, que no pude oír personalmente á los apóstoles de otro tiempo, prefiero que, cuando surge un apóstol contemporáneo, haga su aparición en el Teatro Real ó en el Chante-

COSAS DEL DÍA



—Qué estrón ha dado Maruja desde que es artista. ¿eh?

—Sí, está muy estrada; y es raro, porque Raffles la hace cuplés y el maestro «Larruga».

cler, mejor que en el Ateneo ó cualquier otro Circulo vicioso...

Conque lo dicho, dicho. Y si las jóvenes bailarinas detestan, por la competencia que las haga, el maurista artístico, que se chinchen.

Yo, mientras la propaganda del partido se haga en cines y cabarets, seré maurista. Ellas deben serlo asimismo, sacrificando sus danzas en aras del ideal.

Al fin, para hacer patria, hay que hacer ciudadanos. Y ellas pueden hacer bastante patria... ¡Palabra!

CÉSAR JALÓN

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de «Ediciones España»,

Calle de Santa Isabel, 45.

DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS

Diez mil francos de recompensa

Alfredo Cliquet, ayuda de cámara del conde de Gérofosce, tomó un coche de punto. Apenas acomodado en el asiento, extendió una de sus manos y encontró sobre el almohadón un paquete cuidadosamente atado. Al desatarlo, su corazón latió violentamente: eran varios fajos de billetes del Banco. Alfredo se apresuró á esconderlos, volvió á su casa, y, encerrado en su cuarto, contó los billetes. Todos eran de mil francos, y había ciento cincuenta. ¡Una fortuna! ¡Ni un papel, ni unas señas! ¡Nada!

Alfredo se despidió de su amo y se instaló en un entresuelo de la calle Maubeage, que hizo amueblar en veinticuatro horas, sin escasear nada ni olvidar ningún confortable detalle.

Y fué á una casa de banca, donde se decidió á adquirir, por cincuenta mil francos, doscientas acciones de una mina de

oro de *Blagfontein*, sobre la cual se pronosticaba un alza considerable.

Al volver á su casa, Alfredo Cliquet vió en una esquina un anuncio amarillo. Acercóse á ver lo que decía, y leyó, poniéndose muy pálido: «DIEZ MIL FRANCOS DE RECOMPENSA *Ha sido olvidado* en un coche de punto de la calle de Châteadum, un paquete...»

¡El mismo que él había encontrado, no había duda! La cantidad era la misma. «Entréguese calle... número..., donde se dará la gratificación que se ofrece.»

—¡Ya es demasiado tarde!—pensó Cliquet—. Pero si la *Blagfontein* responde á mis esperanzas, indemnizaré cumplidamente al distraído.

Había encargado un criado en una agencia de colocaciones, y un joven se presentó á Cliquet al otro día.

—¿Ha servido alguna vez?—le preguntó Alfredo.

—No, señor; pero tengo precisión y deseos de agradar, y creo que me pondré pronto al corriente.

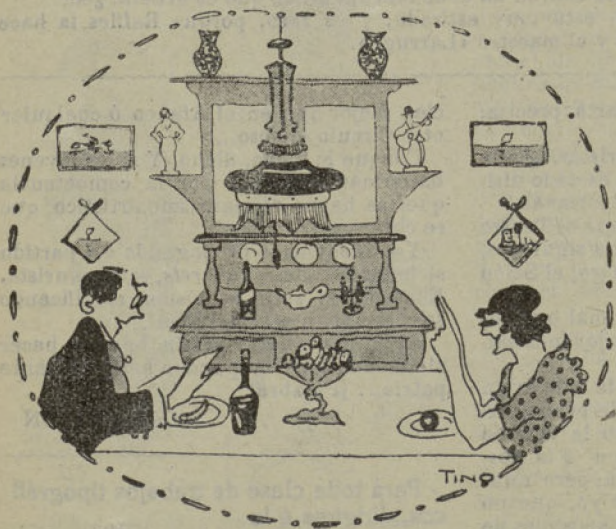
—¿Cómo se llama usted?

—Eduardo Boffignon.

—¿Y qué ha sido usted antes de decidirse á servir?

—Pasante en casa de un abogado... Habiendo heredado ciento cincuenta mil francos, renuncié á mi empleo. Al salir de la casa del notario, después de recoger la herencia, tomé un coche de punto para depositarla en el Crédito Financiero. Cuando pasaba por la calle Châteadum, oí gritos. Un tranvía eléctrico acababa de atropellar un carruaje. El caballero estaba destrozado, una señora y una niña se quejaban ten-

DEL HOGAR DOMÉSTICO



—Mira, Juanita: quita esas manos, y no gastes bromas.
—Si nó es de broma; ¡si es de veras!

REFLEXIONES CAMARERILES



La verdad es que para servir á los hombres hace falta tener mucha «mano izquierda».

didás sobre la misma vía. Me bajé para socorrerlas y logré salvarlas de una muerte segura...; pero cuando volví adonde había cesado el coche... ni coche ni herencia, pues la dejé entre los almohadones del asiento.

Cliquet habíase puesto muy pálido al escuchar este relato, y hacía sobrehumanos esfuerzos para disimular su emoción, y preguntó:

—¿Y es usted solo en el mundo?

—No, caballero. Mi madre, que es viuda, vive en una aldea cerca de Blois con una hija de diez y ocho años. Habitan una casita rodeada de retucido jardín. Tienen que trabajar para comer.

—¿Y qué hubiese hecho con la fortuna perdida?

—Habría comprado una granja contigua á nuestra casa y que ahora casualmente se halla á la venta. ¡Ya veo á mi hermano y á mi madre ocupadas en las labores campesines!... En el prado, á la orilla del Loira, las vacas pastan apaciblemente... Un pastor guarda los carneros en la falda de la colina... ¡Todo este sueño lo ha desvanecido la fatalidad!

Cliquet se volvió para enjugar una lágrima.

—Eduardo—le dijo—, le tomo á usted á mi servicio.

Un campanillazo interrumpió la conversación.

—Es el desayuno —dice Cliquet—; lo he encargado hace poco en una casa de comidas próxima. Saque usted los cubiertos. Las servilletas están en ese cajón; los platos y los postres, en el aparador.

Y fué á abrir la puerta.

Después, volviendo al comedor, dijo á Eduardo:

—No es así como se pone la mesa. Vea usted cómo lo hago yo.

Y extendió cuidadosamente el mantel, colocó dos platos, dos tenedores, el salero, y exclamó:

—¡No dejemos enfriar el entrecot! Siéntese usted, Eduardo.

—¿Cómo señor! ¡usted quiere!...

—Sí, sí. Se puede almorzar sin desdoro

DE LA BUENA SOCIEDAD



—Se dice que tu nuevo amante está muy mal educado. Parece que silba cuando está solo.

—¡Ah, chico; no lo sé! Yo no estoy jamás con él cuando está solo.

en compañía de un pasante de abogado —respondió Cliquet.

Y almorzaron con buen apetito.

Muy pronto reinó una franca intimidad entre los dos jóvenes. Eduardo Boffignon había recibido una educación de que carecía Cliquet. Este, sin embargo, tenía cierto barniz de ilustración merced á la lectura de los folletines de los diarios y libros baratos.

TAURINAS



—¡Qué Belmonte, ni qué «Celedonio»! A nosotras nos gusta el Gallo.

—Bueno; cada cual por su estilo.

—No, no. Nos gusta el gallo por todos los estilos.

Una mañana, después de haber cavilado todos los medios de escapar á los reproches insoportables de su conciencia, Cliquet propuso á Eduardo Boffignon hacer un viaje á Blois. Eduardo accedió en seguida alegremente. Cuando llegaron á la casa, la señora Boffignon, con los ojos húmedos por la alegría, estrechó á su hijo entre sus brazos y Magdalena dió un fuer-

te beso en cada mejilla á su hermano, que se los devolvió con afección.

Se almorzó alegremente. Cliquet contemplaba con admiración, que no trató de disimular, á la hermosa Magdalena, que se había sentado á su lado. Magdalena tenía el tipo de las aldeanas de Turena, y poseía frescura maravillosa. Contaba veinte años y reía alegremente mostrando una doble hilera de dientes tan blancos, que hubiesen dado envidia á la nieve.

Por la noche, Cliquet se decía:

—¡Bandido! Has conocido á tus víctimas, ya estás entre los infelices á quienes has despojado!

Al cabo de cinco días de vida campesina, Cliquet y Boffignon regresaron á París.

Al día siguiente de su llegada, Eduardo recibió un paquete. Eran cincuenta mil francos. Entre ellos había una nota en que se indicaba: «Se espera poder completar la suma perdida, poco á poco.»

Eduardo lanza un grito de alegría y llama á Cliquet.

—Mira —le dijo, con voz sofocada por la emoción.

—Tu fortuna —contestó Cliquet— me hace dichoso y destruye mis esperanzas.

—¿Por qué?

—Porque te veo más rico que yo, y estoy... enamorado de tu hermana...

—¡Y esc qué! Nosotros no descendemos del muslo de Júpiter. Mi padre era brigadier de la gendarmería. Cuando se retiró del servicio activo, le nombraron depositario de fondos municipales de nuestro país, con un sueldo bien mezquino. ¿Mis cincuenta mil francos son una fortuna ilusoria? ¿Qué tienes tú?

—Voy á verlo —contestó Cliquet.

Cogió un diario y buscó la sección de bolsa. Cuando la encontró, leyó *valores sudfricanos: Blagfontein*. . 1120 25.

—Yo también —dijo— me veo aquí clasificado entre los capitalistas. Corro á la Bolsa... Mis Blagfontein se venderán hoy mismo, y partiremos para Blois: ¡tengo prisa de volver á ver á Magdalena!...

Y son dichosos viendo sembrar el trigo y verdear las praderas. Cliquet, aunque acosado á preguntas por Boffignon, siempre contesta que ignora el nombre de aquel que le ha restituido la suma perdida. Y ha concluido por creerle.

Hay un proverbio oriental que dice: «Toda familia tiene un cocodrilo en su tierra.»

AURELIANO SCHOLL

BAJO LA LUNA

Mientras los rayos de la luna
hacen de plata el surtidor,
tú me recitas una á una
las sutilezas del amor.

Porque es un paje de alma sana,
según me acabas de decir,
beso á su dueña una mañana
entre las rosas del jardín.

Y el beso, puesto entre las rosas
una mañana de buen sol,
lo apetecieron las hermosas
con apetito pecador.

Porque es un pícaro estudiante,
según me acabas de contar,
es el Amor el más tunante
de los amigos de Don Juan.

E igual conquista á las casadas
que á las solteras el Amor;
que estudia leyes embrujadas
el estudiante picarón.

Porque es un rey aventurero,
según me acabas de decir,
no hay corazón filibustero
que no se acabe por rendir.

Pues su riqueza y su corona
ofrece ansioso de querer,
y lleva al cinto una tizona
para cuando haya menester.

Porque es un monje maleioso,
según me acabas de contar,
no hay corazón libidinoso
que no reincida en el pecar.

Pues su palabra seductora
quita al espíritu la fe,
cuando la triste pecadora
dice á su oído: «Yo pequé!»

Y porque es algo que está en todo,
como está en todo siempre Dios,
no hay quien invente ningún modo
de libertarse del Amor.

Y así te rindes en mis brazos
en esta noche del Abril,
apeteciendo mis abrazos
entre las rosas del jardín...

ANGEL G. LUGEA

A LAS ALTAS HORAS



—Guardia, por Dios, ¿no le desarma á usted una mujer como yo?

—No; todo lo contrario.

LA MALA SUERTE



—Pues, señor, hoy no viene ningún «abonado».
—¿Abonados? ¡Con un número suelto me conformaba yo!

APAGA Y NO TE VAYAS...

Los dos amigos se levantaron de la mesa para arrellanarse en profundos sillones de cuero. La digestión tranquila de un buen almuerzo, saboreando á un tiempo tazas de café y pitillos orientales, procura á los espíritus muelles un arrobado delicioso. Roberto y Mauricio, siguiendo con la vista las volutas del humo, callaron un momento.

—Escucha, cincuentón escéptico —exclamó de repente Roberto—: tú que has vivido tantos años más que yo, ¡niégame que no hay tortura más horrenda que la del deseo insaciado!

—¿Cuánto tiempo lleva resistiéndote esa Venus?

—Más de tres meses.

—Pues de dos cosas, la una: ó ella es un

bloque de hielo, ó tú eres un cernicalo, y no lo creo.

—¡Fría eílal! ¡Pero si ya sabes que es Carmen; y me dirás si una tal morena, con tales labios y tal cuerpo, no tendrá fuego en las venas! No; lo que pasa es que su beata de madre le ha inculcado desde niña estúpidas ideas de fidelidad al esposo, y que no quiere engañar á su marido, ese viejo caduco, chicho y decrepito...

—¡Hombre, nada de eso; protesto! Tendrá unos cincuenta y cinco años ..

Roberto no pudo evitar una sonrisa ante la indignación de su amigo, comprendiendo por dónde le apretaba el zapato; y continuó más sosegado:

—En una palabra: yo la quiero, y estoy seguro que ella también me quiere. Pero no puedo vencer sus escrúpulos. ¿Qué me aconsejas?

—¿Puedes disponer de una cantidad de dinero?

—Claro está; pero ¡qué pregunta! No supondrás...

—¡Sí, señor! Supongo que anos billetes de Banco le comprarán la ayuda de algún criado de su casa... y por lo que toca

á Carmen misma, me parece que si una mujer quisiera entregarse, pero obstáculos se lo impiden, el enamorado que no sea un necio, tomará la plaza por asalto y por sorpresa. Debes hacer esto... y esto...

Eran las dos de la madrugada. Por la calle desierta y sombría se deslizó una sombra humana, y con ademán cauteloso rozó una mano un portal. Otro hombre, por dentro, le abrió sin ruido... y Roberto penetró en el zaguán.

En pos del criado cómplice subió la escalera, pasó con involuntaria emoción por delante de la puerta del marido, y minutos después encontróse en el gabinete contiguo á la alcoba de Carmen.

Con precauciones mil abrió la puerta.

Sobre un velador, una lamparilla de noche dejaba el aposento en misteriosa

penumbra. Pero los ojos de un amante descubren por doquier el objeto de sus desvelos, y Carmen, dormida, apareció á Roberto como la encarnación de la dicha.

Como un relámpago apercibió sobre la almohada una ola de seda negra, enmarcando una faz de juventud y belleza. La llama de la lamparilla se extinguió de un soplo.

Carmen se despertó sobresaltada y pensó un segundo con repugnancia que fuera su marido. ¡Pero no, no podía ser su marido! Un cansancio divino aniquiló su resistencia y la impidió gritar.

Horas después, como si aún lo ignorase la muy pícaro, preguntó:

—¿Quién eres?

Y Roberto, en un beso, respondió:

—Soy el que volverá mañana.

RAÚL GAICHAS

LA PIEL DE OSO

En la villa Oliveto, rincón de paraíso donde tantos seres van á morir, llevados de una suprema esperanza; en la terraza, cerca de la barandilla recubierta de heliotropos y de rosas, echado en un sillón de ruedas y abrigado con una manta, encuéntrase el señor HARDEL, riquísimo fabricante, enviado desde París á Mediodía, como todos los enfermos desahuciados por las eminencias médicas.

Muy cerca de él, atenta á sus menores deseos, llenándole de cuidados, su joven esposa, admirable mujer de formas espléndidas, le contempla sonriendo.

DIANA (con solicitud).—¿No tienes frío?

HARDEL.—No, gracias. Es esta la hora del sol, la hora tibia de las ilusiones.

DIANA (con ingenuidad).—¿Qué ilusiones?

HARDEL.—Las de imaginarse que aún hay porvenir, cuando se está ya casi helado.

DIANA.—¿Quieres la medicina?

HARDEL.—¿Para qué?... ¿Para vivir un día más?... No. Dame tu mano... ¡Que yo te oiga y que te vea junto á mí!... ¡Este es mi remedio!... ¡Amarte aún!... ¡Si supieras cuánta gratitud siento al recordar el placer con que has endulzado mis últimos años!...

DIANA.—Yo siento cierto remordimiento... Tal vez, si no me hubieses conocido...

HARDEL.—Si no te hubiese conocido, es-

taría aún, sin duda, en toda la plenitud de la vida, es cierto; estoy enfermo, me muero por haberte amado demasiado... Pero me voy ahora con el recuerdo mágico de las horas felices pasadas á tu lado...

DIANA.—¡Has sido conmigo excesivamente bueno!

HARDEL.—Te he dado el lujo, la fortuna... esto no es gran cosa. Tú me has dado tu belleza, tu corazón... Porque tú me has amado, ¿verdad?

DIANA.—¡Sí, querido mío; con toda mi alma!... ¡Así te quiero aún!... ¡y yo te curaré!...

HARDEL (apoyando repetidamente sus labios secos en la satinada piel del brazo de Diana).—¡Vida mía!... ¡vida mía!... Cerca de mí... bien cerquita... Quiero con templarte mucho para llevarme grabada en el alma tu imperecedera imagen.

DIANA.—¿Te sientes mal?

HARDEL.—Nada. ¡Una idea!... ¡un dolor!... ¡Ah, Dios mío!... Mañana... pasado... si cuando seas viuda... con toda mi fortuna... llevándolo todo con tu belleza... amada...

DIANA (con energía).—¡Oh, cállate!... ¡si tal desgracia sucediera, jamás volvería á

PENSAMIENTO



El.—¡Y luego dicen que se acaba el mundo!

DE LA EDAD PROVECTA



El.—¿Has notado la entrada de la Primavera?...

Ella.—¡Oh! Bien sabes que hace tiempo que no noto nada.

casarmel... ¡Te lo juro! Y la cosa no tendrá nada de particular, porque tú vivirás. Esta mañana me aseguraba el doctor...

HARDEL.—¡Oh, no!... ¡no digas eso!... ¡Tú jamás has mentido!... Yo lo sé... ¡siento que esto se acaba por momentos!... Y tú quieres ser buena conmigo hasta el fin... ¡Gracias, mil gracias!...

(Un criado entra una carta, que entrega a la señora.)

HARDEL (muy sorprendido al ver a su mujer palidecer leyendo).—¿Qué hay?

DIANA.—Es del señor de Cerny.

HARDEL (frunciendo el entrecejo).—¡Ah! DIANA (al criado).—¡Dile que no podemos recibir!

HARDEL (dejándose llevar de un presentimiento).—Hazle entrar. ¡B.ñ... me distraeré!...

(HARDEL observa a CERNY atentamente y

forprande una rápida mirada de inteligencia cambiada con su esposa.)

DE CERNY (visiblemente agitado).—¡Cue- nos días... Vengo a enterarme del estado de su salud...

HARDEL.—¡Estoy mucho mejor! ¡Me cuida Diana con tanto cariño y con tanto afecto!..

(Lentamente, y como si cediese a la fatiga, HARDEL cierra los ojos en actitud de dormirse, dominado por el deseo de tener la prueba de la terrible sospecha.)

DE CERNY (en voz débil).—¡Duerme!...

DIANA.—¡Cállate!... ¡Ven!...

(Dejan la terraza, saliendo de puntillas.

HARDEL hace un supremo esfuerzo, se aproxima y pone toda su atención en las palabras que llegan a su oído.)

DIANA.—¿Por qué has venido?

DE CERNY.—He querido verlo por mis propios ojos. ¡Tengo tanto miedo de que cure!

DIANA.—¡No hay de ello ni una sola probabilidad!... Pero la cosa va muy lentamente. Mas es indispensable tener paciencia hasta el fin, y, sobre todo, no cometer imprudencias inútiles... Tu visita es una imperdonable...

DE CERNY.—No hay cuidado, toda vez que duerme. Deja sólo que te repita que te amo...

DIANA (rechazando'e dulcemente).—¡Vete!...

DE CERNY.—¿El doctor asegura aún que vivirá?

DIANA.—Quince días. Tres semanas todo lo más.

DE CERNY.—¡Si yo lo hubiese presumido! ¡Caeo que no hubiera pasado por ello! ¡Cuando recuerdo que siendo aún tú una chiquilla, no pudimos resistir la tentación y cometimos la locura de entregarnos, y

que, ante la necesidad material, por temor á la miseria, fué preciso aceptar tu matrimonio con este viejo, qué tenia con qué adquirirtel...

DIANA.—¿Acaso quien más ha sufrido no he si lo yo, obligada á mentir en todos los instantes, á dárselo todo?... Obligada á á cosas mucho más horribles, porque para alcanzar lo que deseábamos, ha sido preciso... ¡matarle á fuerza de caricias!...

DE CERNY.—¡Si, es cierto... pero cállatelo... ¡te amo demasiado!... ¡no puedo más!.. Oye, Diana: ¿Y si hubiésemos sufrido tanto para nada? ¿Tienes la absoluta seguridad de su testamento?

DIANA.—Antes de dejar París, lo escribí en mi presencia. Desde que llegamos, no le dejo nunca solo. Los raros instantes en que no estoy yo, Teresa le vigila; y sabes que me es a lieta... La Hermana de la Caridad, la hago cambiar cada dos días.

DE CERNY.—¡Eres grande, admirable! ¡Cuando imagino que dentro de un mes su hotel, su castillo, sus caballos... sus millo nes!...

DIANA.—¡Por Dios, que puede desper tar!...

DE CERNY.—Bien, me voy. Después de todo, ¿qué mal le hemos causado? Ha sido feliz, ¿verdad?... y una vez muerto... H asta mañana... ¿Vendrás?

DIANA.—¡Si, hasta mañana... pero vete (Desde que ella apareció en la puerta, HARDEL la mira con ojos asombrados, lleno de terror.)

DIANA (solicita) —¿Qué te pasa?...

HARDEL.—¡Frió!... ¡mucho frío!... ¡Entremos!... (Se llama á los criados y á la Hermana de la Caridad.) ¡Llevadme á la cama!... (Cuando está ya acostado.) Diana, hazme poner la piel de oso blanco... Tengo este capricho. Está en uno de los mundos del equipaje, en la guardilla. (Después que sale DIANA con los criados, llama á la Hermana de la Caridad.) Hermana... Oiga usted. ¡Los momentos son solemnes! Júreme usted que cumplirá lo que yo voy á encargarle... en beneficio de los pobres!

LA HERMANA.—¡Lo prometo, por Dios!

HARDEL.—Bien. No perdamos el tiempo. Ese papel, esa pluma... ¡Démelos usted! (Y manteniendo el pulso por un prodigioso esfuerzo escribe): «Este es mi último testamento, hecho con toda libertad de espíritu, y que anula mis disposiciones precedentes. Ligo todo cuanto poseo, por mitad á repartir, entre mis sobrinos Raúl y Jorge Marcelino, y la otra mitad á la Asis-

tencia pública. Solamente excluyo de esta donación total, la piel de oso blanco, que se encontrará sobre mi lecho mortuario y que lego á mi esposa amadisima.—Firmado: RICARDO HARDEL » (A la Hermana) ¡Ahora, Hermana, tome usted este pliego, salga sin que la vean, y vaya á entregarlo á L. Pouget, notario, en Menton.

LA HERMANA (tomando el pliego).—Así se hará.

DIANA (de vuelta al lado de la cama y

EL FATALISMO



—Bien: ellos dan vueltas y más vueltas; pero todos vendrán á parar aquí.

después de haber extendido sobre ella la piel de oso, muy cariñosa).—¿Te encuentras mejor ahora?

HARDEL (cerciorándose por el tacto, de que se ha cumplido su deseo).—Si, eres muy buena. Oye, otra cosa Júrame, por última vez, que no has amado á nadie más que á mí...

DIANA.—¡Oí, te lo juro!

HARDEL (con una sonrisa irónica).—Ahora puedo morir tranquilo. Tú me has dado cuanto habla de mejor en ti. Yo te dejo lo que en más aprecio tengo...

M. PROVINS

CHIQUILLADAS



—¿Qué juegos te gustan más, Enrique-tita?

—Todo; pero mamá me va á comprar un juego de cama, que dice que no hay cosa mejor.

El charlatán de plazuela.

—Hijos los que tenéis padres, ó sufrís con un padrastro; tías las que tenéis primos; primos los que estáis casados; madres que tenéis retoños, ¿qué retoño ha de faltáros, mientras en casa tergáis esto que tengo en la mano? Pollitas que estáis alegres porque vais pronto á casaros, ¡ah! ¡No menearse y fijaos bien, fijaos en esto, que es sorprendente, sublime y extraordinario.

—¿Y eso qué es? —diréis vosotros. Pues bien, voy á contestaros. Esto es el medicamento más útil y necesario. No creáis que es el aceite

de hígado de *bacalado*; ni es la Emulsión; ni tampoco es el jarabe de rábano. Es mejor que todo eso. Es la Kola de Carballo. Carballo es un servidor, doctor que fué licenciado en Ocaña, Cartagena y otros puntos que me callo. Ni la Kola granulada, ni la Kola Astier, legaron los efectos sorprendentes que la Kola de que os hablo. Á las mujeres no hay nada que más les guste; es probado. La Kola entra fácilmente por su sabor nada malo. Hay algunas que, al principio, dicen que les hace daño; pero llegando á tomarla tres veces, les gusta tanto, que se acostumbran á ella y hay que dársela á diario. A los nueve meses justos después de haberla tomado, ya verán cómo se achica el mal con que se encontraron. Probadla todas. Veréis cómo os deja en buen estado. ¡Interesante, señores, para t dos! Este frasco se vende al precio de cinco pesetas en todos lados. Donde haya botica abierta veréis la Kola al despacho. Con esto hay lo suficiente para curar un catarro, si la tos no se hizo crónica ó se espanta demasiado. En tal caso, á la mujer le hacen falta tres ó cuatro. La Kola es un específico que exige grandes cuidados. Primero: no debe nunca dejarse al aire. Es muy malo. Segundo: debe meterse en un sitio poco claro, y, para que suita efecto, agítase antes de usarlo. Aunque su precio es un duro, el que compre qui los frascos, no da tres reales, ni dos, ni uno, ni medio, ¡qué escándalo! Yo los doy á perra gorda! ¡Una gorda! ¿No es barato? Al pobre que no la tenga, yo se lo daré fiado, para que lo pruebe y vea que aquí no existe el engaño. Con esto se cura todo:

desde el asma, hasta los callos.
Al que tome un botecito
le doy ¡cinco! de regalo.
Dansen prisa, que se acaban;
tomen... tomen sin reparo.
Uno, por aquí... ¡En seguida!
Otro, por allá... ¡Escapado!

Otro por el mismo sitio...
¡Y otro!... ¡y otro!... ¡y otro! ¡Cuántos
amigos hay de la Kola!
¡Como que esto es lo más sano!
Ved el número de curas
que lo atestiguan bien claro.
ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE

La viajera.

Por qué se indigna usted de esa manera, querida amiga? ¿Tal vez por la inconstancia de esa pobrecilla, que es tema de todas las conversaciones?

—Eso de fugarse la víspera de su boda, me parece muy horrible.

El novio es un imbécil, y tiene la culpa de todo. ¿Por qué le llaman el «hermoso» Felipe? No hay mujer, por buena y honrada que sea, que tolere á su lado por mucho tiempo á un hombre cuya belleza alaban todos. Además, el sujeto es la virtud personificada. No registra el infeliz ninguna aventura amorosa de su pasado, y las mujeres no aman sino á los hombres calaveras y peligrosos. Prueba mi tesis el recuerdo de una mujer á quien en cierta ocasión encontré en la calle y me dirigió una expresiva mirada de agradecimiento por no haberla saludado.

—Refiérame usted esa aventura, querido.

—No tengo in-



Mari-Focela.

Simpática ella y menudita ella. Pero en cambio, señoras, como artista, ¡qué grande es!

LAS QUE VUELVEN DE AMÉRICA



—Yo creo que por ese precio no querrá venirse tu hermana. ¡Tan los ojos como está!

—Pues no tendrá más remedio que venirse por lo que la den.

conveniente. Había yo pasado el verano en San Sebastián, y regresaba á Madrid. En Venta de Baños, al tiempo de marchar el tren, abrióse la portezuela y subió una señora joven y elegante que ocultaba su rostro tras tupido velo. Un caballero la dió una maleta, una sombrerera, un saco de noche, una sombrilla, y luego se sentó á su lado.

Durante largo rato, uno y otro guardaron silencio.

—¿Nos queda mucho tiempo de estar juntos?

—Unos cuantos minutos—contestó el caballero.

—¡Dios mío!—exclamó la visjera con apenado acento.—¡Qué triste es la separación, qué breve es la dicha!

—A las nueve llegarás mañana á Madrid.

—¿Y tú?

—Esta noche estaré en casa.

—¿Qué fatalidad!

—¿Me escribirás con frecuencia?

—Sí, sí. ¿Y tú?

—Ten la seguridad, adorada mía.

Guardaron de nuevo silencio. Se miraban amorosamente, colmándose de caricias, diciéndose con los ojos lo que sus labios, fruncidos en un gesto de dolor, no habrían podido decirse.

Yo me entretenía leyendo. Reanudaron después su íntima conversación, de lo que sólo pude oír palabras sueltas, que, sin embargo, dejaban comprender el inmenso amor que se profesaban.

Silbó el tren, y á lo lejos viéronse las caprichosas siluetas de las torres de la antigua ciudad de...

La mujer, que miró por la ventanilla al oír el aviso de nueva estación, echóse á llorar desconsoladamente; y cuando el tren se detuvo, abrazó á su compañero, estrechándole amorosamente contra su pecho, como la madre al hijo que se va á la guerra.

El caballero trató de consolarla; pero él también, á despecho de la fortaleza masculina, tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Adiós, adiós!—la dijo desde el estribo del coche.

Todavía subió por un último beso; después saltó al andén, despidiéndose con la mano. Cerróse la portezuela, y casi al mismo tiempo el tren emprendió de nuevo la marcha. La mujer, asomada á la ventanilla, siguió á su compañero con los ojos por espacio de algunos instantes. Luego se acurrucó en un rincón del coche; e cndió la cara entre las manos, y la oí sollozar. Cuando una hora después se detuvo de nuevo el expreso, oí la dulce voz de la desconocida, que me decía:

—Dispénsame usted, caballero: me siento indispuesta y desearía tuviese la bondad de pedir para mí un vaso de agua.

Habíase levantado el velo y la hallé muy linda, demasiado linda, quizá más bonita de lo que debe ser una mujer que quiere ser honesta.

El vaso de agua nos dió tema de conversación durante un buen rato. Hasta creo que mi charla si no logró consolarla, debíala distraer. Ella por su parte, mostróse bastante comunicativa conmigo, y entre otras cosas que no recuerdo, me dijo que se habían dado cita en Venta de Baños. Importantes negocios retenían en X. al caballero que yo había visto, mientras ella se veía obligada á vivir en Madrid.

—¿Vive usted también en Madrid?

Cuando la contesté afirmativamente, en su hermoso rostro se pintó el terror. Desde aquel momento, fué menos comunicativa, y á poco, para cortar la conversación del todo, me dijo que estaba cansada y que iba á tratar de conciliar el sueño. Durmió cinco horas seguidas. Se despertó cuando

¡CARACOLES!



—¿Tienes miedo á que te vean?

—Calla, que esos que van por ahí son amigos de mi mujer.

—E entonces ya sé por qué te ocultas el rostro...

el término de nuestro viaje estaba próximo.

—Vamos á llegar muy pronto—dijo.

Sonaron las bocinas de los guarda-agujas, el tren moderó su marcha, y algunos minutos más tarde entramos en el andén de la estación.

—¡Gracias á Dios! Ya hemos llegado.

—¿Puedo serla á usted útil en algo?—la pregunté.

—No, señor; mil gracias; mi marido me esperará en la estación.

Y al pronunciar estas palabras, quedóse como petrificada mientras la sangre, en viva oleada, enrojecía sus mejillas. Me miró con los ojos muy abiertos, en los que se retrataba el espanto, é hizo con la mano un ademán como si quisiera, á viva fuerza, retirar las imprudentes palabras que la costumbre había arrancado á sus labios.

—¡Dios mío de mi vida!—exclamó, golpeándose la frente con las manos. Y empezó á sollozar.

—Por favor—la dije en voz baja, con el propósito de consolarla—, no se apene usted así. Procuraré olvidar, he olvidado ya lo que usted me ha dicho.

Pero no quiso escucharme ni consintió en alzar la frente. Abriéronse las portezuelas.

—¡Rosa! ¡Rosa!—gritaron á la vez varias voces.

Ante nuestro coche hallábanse varias señoras y un caballero que llevaba dos niños de la mano.

—¿Qué tal te ha ido en casa de nuestros amigos?

La viajera, sin responder, me dirigió una mirada de súplica. Y, llorando siempre, se arrojó en los brazos del caballero. La he visto después en el paseo, en la calle, y alguna vez en el teatro. Ella ha pagado siempre con una expresiva mirada de reconocimiento, el que la haya negado mi saludo.

S. CLOVIS

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA 598.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de La Hoja de Parra en Madrid. Abada, 22, tienda.
Separte toda clase de periódicos y revistas.

IMPRENTA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ertopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secetos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España) el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, dirijanse únicamente á *Antonio Ros, Libroero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos á los señores libreros y corresponsales de España y América.*